



Ihering. Cuadernos de Ciencias Jurídicas y Sociales

Nº 2

Año: 2019

e-issn: 2660-552X



RESEÑAS

GRUZINSKI, Serge: *¿Para que sirve la historia?* Madrid, Alianza, 2018, 248 pp.

JOSÉ CARLOS MUÑOZ CASTELLANOS

Este libro lleva como título un interrogante que nos transporta directamente a la *apologie pour l'histoire ou métier d'historien* de Marc Bloch, que arranca con la petición que un niño le hace a su padre, historiador de profesión: “papá, explícame para qué sirve la historia”. Sin embargo, lejos de entrar en las funciones, a veces sumamente divergentes, que puede tener el ejercicio de construcción histórica, Gruzinski en este libro se dedica a reflexionar sobre qué historia es necesario construir y enseñar hoy en día. Y lo hace en un marco concreto: el debate historiográfico actual entre los defensores de articular una historia global, que supere el estado-nación como punto de referencia para la creación historiográfica; y aquellos que opinan que se debe mantener estas referencias locales para entender adecuadamente la historia y para evitar el difuminado de la identidad en estos tiempos de intensa globalización.

El historiador francés, autor de obras como *La colonización de lo imaginario* o *La guerra de las imágenes. De Cristobal Colón a Blade Runner (1492-2019)*, ya ha defendido esta visión globalizadora y que apela a la larga

duración braudeliana en otro libro como *Las cuatros partes del mundo. Historia de una globalización*. Pero en el que aquí nos ocupa, la trama comienza a tejerse a partir de una serie de momentos concretos: una fotografía de Kader Attia muestra unos muchachos juegan al fútbol en Tazoult, Argelia, que como improvisada portería disponen de un arco romano. En esta fotografía, tomada en un presente de corte local, reúne en su conjunto componentes que apelan a procesos históricos profundos: la etapa de dominación romana de la región; la colonización francesa de Argelia; e incluso la presencia del fútbol como factor cultural globalizador de peso. En palabras de Gruzinski:

Es difícil separar el arco romano de esos jugadores de bermudas y camisetas coloridas, portadores de una moda tan planetaria como el deporte al que se entregan. El arco [...] es una reliquia olvidada de un pasado remoto reciclada en un juego que constituye uno de los exponentes deportivos más espectaculares y rentables de la mundialización [...] Como tantas obras de arte, el arco cristaliza en sus piedras temporalidades múltiples que contaminan e inervan el presente. Un presente que, en este caso, es en igual medida el reflejo de un futuro abierto a la mundialización y sus emblemas normalizados –la ropa, el ocio, el deporte– y un eco del pasado que abarca los siglos que separan la Argelia poscolonial de la colonización romana. El arco en ruinas contiene el pasado y el futuro, ya que establece un vínculo entre la mundialización contemporánea y los tiempos de la romanización triunfante, como un esbozo distante de lo que hoy en día impera.

De esta manera, el componente global de la historia tiene sus propias manifestaciones en el ámbito de lo local, revelándose ambos planos como complementarios más que como contradictorios. Pero no acaban aquí estos ejemplos. Otra realidad puesta de relieve sería la de una clase de secundaria en un instituto de Murcia, integrada por alumnos y alumnas magrebíes, latinoamericanos y españoles. ¿Qué historia enseñar en ese aula? ¿Una historia local única para todos, o una historia local adaptada a cada uno de estos colectivos? ¿O quizá, como se propone en este libro, construir un relato amplio, complejo pero respetuoso con los métodos de la historia, que permita integrar estas distintas sensibilidades en una misma historia global? El libro trata de ofrecer reflexiones y puntos de partida para poner en marcha esta última opción.

También dedica un buen espacio a rastrear los orígenes de esta historia global, cifrándolos en las expediciones ibéricas del siglo XVI: la expansión de los castellanos por América y el intento de los portugueses por penetrar en China marcan el inicio de una mundialización que no ha dejado de incrementarse desde entonces. Pero, nos dice, este proceso de expansión y conquista tuvo sus éxitos y sus fracasos; sus luces y sus sombras; sus tensiones humanas e históricas, en definitiva. Los vencedores construirían su relato; los vencidos también, aunque no hayan podido tener la misma resonancia – por ejemplo, poco hemos sabido de la visión peruana de la conquista hasta que Nathan Wachtel escribió *Los vencidos*–. Pero Gruzinski propone superar este enfoque y no abordar una historia que apele a una sola sensibilidad, sino una historia global en la que las diferentes sociedades pasadas y presentes tengan su espacio y su significación. Y es que, si el eurocentrismo ha sido hasta ahora el hilo conductor de los discursos historiográficos, en aras de superarlo sería poco halagüeño recurrir simplemente a su sustitución por otros etnocentrismos. Este parece ser el caso de los superventas de Gavin Menzies, quien con escasa consideración hacia el rigor y la verdad históricas viene a presentar un marcado sinocentrismo que no parecer desmerecer los peores excesos del eurocentrismo historiográfico. Basta examinar el título de dos de sus obras más vendidas: *1421: el año en que China descubrió el mundo*; y *1431: el año en que una flota china llegó a Italia e inició el Renacimiento*.

Personalmente, mientras avanzaba en el libro de Gruzinski pensaba cada vez más en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo* de Braudel: una historia que abarcase las interrelaciones comerciales, culturales, bélicas... de un amplio abanico de sociedades. Solo que en este caso, de acuerdo con los tiempos y las condiciones presentes, el marco mediterráneo se ha ensanchado y sólo puede ser ya el globo en su conjunto. Si la historia, tal y como pretendía Lucien Febvre, es la ciencia del hombre con el hombre –con todos los hombres–, solo un enfoque global permite aproximarse a esa historia que dirija su atención a toda la humanidad.

Además, Braudel en su obra dirigía una atención especial a la literatura, a la creación artística, como fuentes históricas. Esta atención se encuentra también en Gruzinski, con especial énfasis en el cine como útil referente

para el historiador. Una herramienta básica no sólo para la didáctica de la historia, sino que también es necesario que el historiador acuda a estas fuentes artísticas para expandir y enriquecer su visión. En sus propios términos:

Cultivar la Historia sin visitar las múltiples pantallas que nos rodean, ignorando a los cineastas, a los artistas plásticos, a los coreógrafos y a todos aquellos que ponen en escena nuestro presente, solo sirve para encerrarla en un academicismo rutinario que le hace perder terreno continuamente.

O incluso, en una postura que ya resulta más discutible pero igualmente interesante, propone que el cineasta, cuando se toma en serio su trabajo y no hace mera propaganda es también, en buena medida, un historiador. Propone como ejemplos a Lars von Trier, Bela Tarr y Aleksandr Sokurov, añadiendo que “esos creadores son capaces, al igual que los historiadores, de producir pasados, y que sus obras son algo más que series de bellas imágenes”. Especial atención recibe Sokurov y su largometraje *El arca rusa* (2002), film rodado en plano secuencia que recorre trecientos años de historia rusa, realizando una selección sesgada de los acontecimientos, pero mostrando en todo momento dos puntos de vista históricos: el francés y el ruso. Esta dialéctica entre estas dos visiones y el tema todavía no superado de la identidad rusa y la influencia en ella de lo occidental parecen invitar al espectador a la reflexión y a sumarse al debate.

Por estos elementos: por su accesibilidad, su creatividad, su riqueza de matices y su brillo cultural; por su contribución a expandir los límites de la disciplina historiográfica, por la preocupación acerca de qué historia enseñar y qué historia construir; por invitar en definitiva a la reflexión, en mi opinión *¿Para qué sirve la historia?* es una obra de lectura obligatoria. Especialmente para quienes se dedican profesionalmente a este campo, pero también para los que, no haciéndolo, aspiran a tener una imagen más equilibrada de su pasado y, como no puede ser de otra manera, también de su presente.